

A medida que se ahonda en el conocimiento de esos u otros objetos ejemplares, va cobrando fuerza la idea de que tras toda gran obra de arquitectura existe un esfuerzo reflexivo, un pensamiento teórico activo que alimenta y vivifica las formas arquitectónicas y que es el fruto de la observación atenta y de la búsqueda paciente y rigurosa. Pero ese saber se deposita y condensa, ante todo, en las propias obras y proyectos de arquitectura. Si algo he aprendido después de muchos años de dedicación a estos temas es que todo intento de construcción teórica en nuestro ámbito debe, de entrada, asumir su papel auxiliar, su condición secundaria, supeditada a las obras, que son las verdaderas depositarias del conocimiento tanto en arquitectura como en cualquier otra actividad artística. Ese carácter auxiliar que le atribuyo a la teoría en el campo del arte, no disminuye en nada su importancia, ni niega su valor decisivo. Es como la cimbra que hace posible la construcción del arco: una vez cumplida su misión desaparece y, por tanto, no forma parte de la percepción que tenemos de la obra acabada, pero sabemos que ha sido un paso obligado e imprescindible, un elemento necesario para erigir lo que ahora vemos y admiramos.

Carlos Martí Arís, diciembre de 2000.

Imagen de portada: Richard Long, *Stones in Nepal*, 1975.

## LA CIMBRA Y EL ARCO.

Una nota sobre la investigación en arquitectura.

CARLOS MARTÍ ARÍS.



El escritor chino Gao Xingjian, en su discurso de aceptación del Premio Nobel de Literatura que la Academia Sueca le ha concedido este año, ha dicho que "la literatura no tiene nada que ver con la política". Y ha añadido: "Cuando la literatura deviene en estandarte de una nación, voz de un partido, vocero de una clase o grupo, cualesquiera que sean los medios para difundirla, no podrá evitar convertirse en un objeto utilitario al servicio del poder y sus intereses. Y en ese caso habrá perdido su esencia, su verdadera naturaleza". Al hacer esta declaración, Gao Xingjian, que huyó de China en 1988 para preservar su libertad de pensamiento y de expresión, habrá decepcionado a quienes esperaban una declaración más rotunda, más fácilmente reducible, con poco esfuerzo, a un titular de prensa sonoro y resultón. En cambio, el flamante Nobel ha tenido la osadía de recordarnos algo tan obvio como que al escritor hay que medirle por sus valores literarios y no por cuestiones externas a su oficio, ya sea su simpatía personal, su supuesto compromiso social o su cuota de audiencia.

En sus intervenciones públicas, los arquitectos que gozan del favor mediático, suelen adoptar, por el contrario, una actitud bien distinta: tienden a comportarse como aprendices de político y se creen habilitados para opinar de lo que sea con una suficiencia que sólo puede ser fruto del candor o la ignorancia. Sin ir más lejos, hace unos pocos días coincidieron en un debate televisivo algunas celebridades de la arquitectura local. La cuestión a debatir era, si no recuerdo mal, la ciudad del siglo XXI. Se plantearon temas muy diversos y heterogéneos, incluyendo algunos de explícito contenido socio-político. Los arquitectos invitados opinaron sobre todos ellos con absoluto aplomo y sin el menor atisbo de incomodidad, no dando la menor importancia al dato de que si estaban allí era, supuestamente, por su condición de expertos en arquitectura. Pero lo cierto es que ninguno de los presentes tuvo el mal gusto de hablar de arquitectura. Ya se sabe que estas cuestiones son muy minoritarias y no interesan, por lo general, al público televisivo.

Los desenfoques y equívocos sobre el papel que le corresponde jugar a la arquitectura y sobre los valores culturales que ésta puede llegar a encarnar, son moneda corriente en los medios de difusión, y su reflejo alcanza también a las Escuelas de Arquitectura y a los trabajos de investigación que surgen en el ámbito académico. Estos trabajos muestran, con frecuencia, alarmantes síntomas de desorientación que obligan a sus autores a dar grandes rodeos por ámbitos periféricos sin llegar nunca a encarar, de un modo claro y directo, el núcleo del problema. Por ello sigue siendo recomendable que cualquier investigación en el campo arquitectónico tome como principal objeto de estudio las obras de arquitectura en su singularidad y concreción. Este precepto parece obvio pero sigue incumplándose con mucha frecuencia y ahí radica, a mi entender, la causa de muchos fracasos.

Como alguien dijo: ¡desgraciadas las épocas en que es preciso reivindicar incluso lo evidente! Pues bien, si es preciso, hagámoslo. Y recordemos que si gentes como José Antonio Coderch, Luis Barragán, Ignazio Gardella o Alejandro de la Sota, por poner el caso de algunos maestros modernos indiscutibles y culturalmente próximos a nosotros, son valorados como grandes arquitectos, a pesar de su escasa implicación en la vida social y de que trabajaran casi siempre en obras modestas en cuanto a su dimensión y con limitados recursos económicos, es por el hecho básico y sustancial de que llegaron a concebir y a realizar algunos objetos ejemplares capaces de resistir el paso del tiempo y de convertirse en piezas de referencia y en fuente inagotable de conocimiento para las generaciones posteriores de arquitectos. Con ello no se pretende relativizar el valor del trabajo de investigación en arquitectura sino tan sólo enfocar con nitidez sus objetivos primordiales.